

# Números

daniel bernardo grimberg

Image not found.

# Capítulo 1

Números (por Daniel Bernardo Grimberg)

## I

Todo quedó fragmentado e incluso separado de los métodos antiguos.

De lo que dominaba a una etapa realista y producía un inexpresivo abandono.

Haré una breve introducción a este relato en que el hablaré de la lucidez de los números.

Con la intencional mención de que estos no se han invertido.

Lo primero fue de la percepción.

Luego todo se vinculó al volumen y estructura de las apuestas que son los segmentos especiales en los que dividimos al mundo.

La ruptura de la visión de conjunto hecha sin excentricidades.

El descubrimiento que hizo Flores, fue más bien la acción de un pirata que la de un mesías.

Él no ignoraba que el absoluto del juego cetera la creación del espíritu.

No irrumpió en una iracundia que hubiera debido modificarse, ni una inspección insuficiente.

Había movilizó a la farsa de su fuerza intelectual para luchar contra el Casino:

Tomó acciones agresivas a fin de desafilar a lo descontrolado y genérico que es el azar.

Ingresó en lo que era un corpus casi inexplorado.

Porque su intangibilidad había atraído por igual a marinos, ricos mercaderes y artesanos.

Apenas diré que su cara era ovalada, y detrás de los lentes sus ojos

tenían un sedoso brillo.

Era un sujeto distinguido que podía hacer sentir incómodo al que era del vulgo y creía en entidades mágicas.

Estudiaba la lógica de lo posible a través de algunas claves que lo parodiaban.

Para él todo tenía una secreta previsibilidad.

Al destino y sus mecanismos los podía leer como si fueran las líneas de un texto.

Ponía arañas de fichas sobre la mesa con perpleja intensidad.

Dominado por la felicidad de desentrañar las adivinanzas de la ruleta.

En esos momentos lo demás no existía o tenía un origen heterogéneo con sus posturas.

Se enorgullecía de tener un libre acceso a esa realidad miscelánea que estaba saturada con fuertes colores.

Y se sentía más que perspicaz, omnisciente.

Obraba en los límites de lo posible, pero también en forma clara y sencilla.

Reunía una disposición de roble a percibir, valorar y actuar.

Sabía cuáles eran los enfoques necesarios y los vínculos numerales que eran prácticamente desconocidos para el resto.

Se basaba en raras reflexiones para retratar lo que ocurría en el paño.

A sus cambios permanentes.

Trabajaba en una forma inédita pero también verosímil.

Dijo cosas curiosas que en seguida supe que no eran falsas, pero le daban una disposición demoniaca.

El hombre profundizaba en las series para ahondar en sus mentiras.

Partía de la base que a vorágine del mundo se concentraba en un punto necesario y estático.

Uno que definía, estructuraba y en definitiva daba legitimización a las apuestas.

Apenas la bola de la ruleta comenzaba a circular las matemáticas se hacían presentes en todas las partes del paño color musgo.

Junto con los anatemas del movimiento:

Que hacía que no se conservaran las reglas y prescripciones anteriores.

Faustino Flores observaba a eso tan fantástico con mucha seriedad.

No declaró cuales eran sus imprescindibles estudios:

Si estaba al tanto de la rotación de la tierra.

O al libro que le hizo grandes aportes.

Me defino cómo un hombre de vida tranquila que se ha cruzado con Flores, cuando aún no tenía la apariencia de estar poseído

Y era otro jugador al que lo embellecían las leyendas de que era posible vencer a la banca.

Lo veía dentro de los usuales parámetros del Casino.

En grupos formados por hombres escénicos que intentaban salvarse de vidas introspectivas.

Pero su alejamiento de la conducta que debe mantener un apostador común ya se reflejaba en el temblor de su cara, en las breves coces de símbolos que había en sus gestos.

Durante esos tránsitos silenciosos que eran la convicción central que se daba a sí mismo.

Flores se lanzaba a romper al azar.

Preveía la construcción de una nueva justicia numérica.

Aunque para los ajenos eso sólo fueran las refutables expresiones de un fundamentalismo desaliñado.

Porque el caos siempre imitó al orden y nunca fue su más conspicuo elemento.

Entendía que el número 9 era clave, ya que por éste sufrían erosión las

rocas de las montañas.

(Y algún día lo harán las finas hebras que constituyen las páginas de éste volumen).

Ahí estaban las advertencias para que se hiciera la paz antes de la inminente maldición de la guerra.

El 10 era la última noche.

El 11 una figura amenazante.

El 12 marcaba al tiempo de las expectativas.

El 13 era la incineración de los manuscritos antiguos.

El 14 llamaba a instigar una feliz revuelta.

Pero Flores comprendió que esto se cumplía en lo sucesivo.

Había que hacer inconvenientes interpolaciones.

En un momento dado el número 9 era un concepto aprehensible que había que reproducir en el paño con precisión.

Y eso indicó la destreza de Flores como encantador de serpientes.

Quien dibujaba su espacio de poder sobre inciertas cifras a las que les daba un contenido.

Al ubicar las fichas en el paño, pensó en la duración de la Divina Comedia.

Y después en los infiernos que entusiasmaron al florentino.

En aquellos que lograron transmitir sus cuentos que se salvaron de las hogueras del olvido

Yo formaba parte de una fuerza de choque.

Me centraba en donde se hacía un juego fuerte.

Prestaba atención a los exacerbados, los tráfugos y lo que se atolondraban.

Me presentó: soy uno muy curtido en el tema de las apuestas de nombre

Ricardo Freal.

Alguien cuya estrategia siempre estuvo en contra de los que subvierten a los símbolos.

Y quien se pregunta en voz baja y hace investigaciones intencionales.

Me he salido de la inoperancia y hasta de la connivencia para desenvolverme como profesional en el casino.

Y así combatir con ímpetu a las supersticiones de los que promueven a sospechas desestabilizantes.

Pero pertenezco al mismo mundo, y sufro ante cualquiera que cree cargar con el estigma de genialidad:

Aquellos que se sientan en sillas de terciopelo, y observan con arrobamiento la bola girar dentro del disco.

Y esperan ser empoderados por la suerte que está más allá de la buena voluntad con que se delinearán las palabras.

He visto a muchos quedar en ridículo al remontar sus pasos por pasillos que se convirtieron en los canales por donde transcurrieron sus pesadillas.

Hombres desechados, proscriptos y hasta demonizados por los números que con sus multiplicados tránsitos nómades le hicieron perder o malograron a sus identidades.

Porque el embarazoso hombre que pierde, actúa sin filosofía ni comprensión de sí mismo.

Había querido trocar al orden sencillo y hegemónico por otro imposible e ideal.

Ese no es un buen espectáculo.

Se trataba más bien de emprender una violencia sistemática de las creencias.

El infortunio derivado de la ilusión.

Y la destrucción de las costumbres efímeras.

¿Pero acaso el triunfo tiene el mismo trastornado brillo que el fracaso?

Este actúa como el poder estético que crea una sutil arrogancia.

Y el fracaso es la tensión que reubica o transforma al hombre.

Ambos son la cara de la misma moneda cuando se pierde de vista en el mercado.

Igual no voy a entrar en controversias porque esa es el área en que a mis enemigos más les conviene que ingrese.

Y no dejaré ellos sean los que ilustren cual es mi figura y mi función en este mundo.

Ellos no pueden comprender al específico agravio que siento cuando un apostador se sale de lo convencional.

(O cuando diviso a sus exorbitantes asimetrías en irreconciliables extremos).

Y se revela como un estudioso de secretas matemáticas.

Y prevalece sobre lo que no debió hacer un análisis.

Los que querrían cobrar beneficios mal habidos se tenían que encontrar conmigo... si es que no corrían con peor suerte.

Porque frente a las trasgresiones graves no se procede con excesivos refinamientos.

En éste, mi mundo de referencia, no hay textos o tratados que producen repugnancia, sino el vértigo puro e ilegible del azar.

Nadie en su sano juicio pretendería dominar a la inmensa variedad de probabilidades.

Nadie puede ser tan irreverente y promiscuo.

Faustino Flores había jugado por un largo tiempo.

Estaba algo limitado de fichas, pero no cesaba de hacer apuestas.

Parecía estar al mando de un proyecto universal:

Su soberbia se basaba en un alucinado propósito.

Era imposible, pero sus insolentes movimientos no paraban ni se

desvanecían de un momento a otro.

Porque su obstinada intención era hacer una parodia de lo racional y no hacerle más resistencias.

Y su extraña suerte era la reivindicación de sus rutas subrepticias.

No conseguí justificar a sus emblemas ni a sus cábalas y a sus otros artificios.

Tampoco caí en las retóricas de los que creían que se habían apropiado de las figuras y los números.

A su alrededor había varias mujeres haciendo relatos llenos de felices hipótesis.

Por entonces Flores no promovía reformas, ni obligaba a nadie a tomar partido.

Y mucho menos destituía a quien sospechaba de conspirar contra su buena suerte.

Me dije que una buena racha era un lineamiento ideológico que había que aceptar.

Flores estaba entre los jugadores que se estrechaban en un círculo muy sofisticado.

Que consideraba al juego un arte.

Y no pasaron los ciclos primarios de su tormentoso poder:

Sabemos que el juego es falible.

Y que para ganar de nada sirven las enciclopedias ni las citas llenas de erudición.

No es exacto ni respetuoso de la lógica.

Pero había surgido una mutación:

Flores observaba al paño como un texto, una estructura tabular llena de significados.

Sí: lo leía como si notara las sugestivas notas que habría a pie de página.

La gente que entraba a ese mundo se decían amigos, pero a menudo se miraban con desconfianza y a veces se proferían mudos insultos.

A menudo construían sus juegos en oposición al que hacían los otros.

O consolidaban amistades escurridizas difíciles de discernir.

Y jerarquizaban de otra forma a los números e introducían nuevas y extrañas tendencias.

Pero con Flores no había uno solo que quisiera ser independiente:

Se hicieron copistas de quien en apariencia eran más afortunado.

No se distanciaron de Fausto Flores ni desplegaron otras premisas.

Aunque se mostraban desinteresados y decían que el único proyecto que tenían era el de experimentar.

En verdad guardaban mucho atención en sus alientos frente a cada jugada que Flores hacía.

Soltaban algunos tenues gestos de indiscreción.

Y lo vieron como a un héroe que superaba a las más amplias y diversas adversidades.

El reloj no los atemorizó:

Se quedaban hasta las primeras horas diurnas, pétreos y embravecidos.

Recién se retiraron cuando sus fuerzas se volvieron enclenques.

Con Flores habían recuperado los números originales.

Los que perdieron durante sus vanos aprendizajes en los que habían hecho seguimientos alucinados.

Pronto se dieron valor con la permanentemente idea de que para resucitar primero tenían aprender a morir.

(Al jugar experimentaban la emoción de vivir y morir al mismo tiempo).

Intercambiaron sus ambiciones con Flores sin batirse en lúdicos duelos que después los harán retraerse en sus taciturnos espíritus.

Así perdieron al orden de lo real para internarse en posibilidades

dramáticas.

Ya no se hicieron famosos por sus dramáticas derrotas.

Y las rectangulares y aterciopeladas mesas pasaron a ser áreas sagradas.

Al fin lo que creyeron auténtico reunió algún esplendor.

E idealizaron a los números como la más gloriosa de las dimensiones.

## II

Ernesto Mañaco vio a Flores cuando llegaba hasta el corredor en el que se explicitó a su victorioso "sistema".

No eran cuentos ni fábulas hindúes escritas en sanscrito sino fórmulas que asimilaban la razón a los juegos del casino.

Espléndidamente pregonaba que había que estudiar las normas y hacer análisis seguros.

Y consideraba a las posibilidades movedizas como inexistentes.

No le bastaron los trucos que se solían hacer con los dedos.

Había introducido doctas nomenclaturas aun sabiendo que eso era algo reprochable:

Ya que estas destruían la inocencia del jugador.

En la sala había sucedido una metamorfosis indeseable, una ruptura del contrato con la normalidad.

La gente seguía a sus experimentos, a sus ensayos que dejaron de ser tomados como versiones apocalípticas.

Declaraba a sus intentos sin falsa modestia y obtuvo acelerados amontonamientos de fichas sobre las que no pesaba ningún maleficio.

Al rato se apoyaba en el marco de una ventana meridional, para volver a la mesa con la insistencia de ejercer nuevas violencias sobre los números mientras que algo de luz ingresaba de la calle.

Faustino Flores declaró como la fundamental numeración al 3:

Un número que servía para hacer las mejores aperturas.

Era el temple que se necesita.

La necesidad de no ser excluido.

Y la dominación sobre lo que estaba íntimamente ligado a una cúpula magnífica.

El 3 tenía una energía incondicional:

Era el comienzo que nadie podía detener.

Porque señalaba el inicio de un pueblo.

El volumen más pequeño de una comunidad.

Era la frontera que había que atravesar con los elementales instintos.

Las complejidades y limitaciones no eran ofrecidas por ese número.

Por lo que tenía una gran plenitud.

Gracias a Fausto Flores se había gestado un ambiente de asombro en el espacio del casino.

Este se situaba debajo de un local de Corrientes y 25 de mayo (nótese el veinticinco).

Y mucha gente de afuera no sabía de sus indicios.

Estaba absorta en actos subordinados a otros fines que tal vez eran tan inestables como el juego.

En esos subterráneos y magistrales pabellones no había desplegado una auténtica creación de la historia, sino de la mítica.

Era una horda guerrera de acontecimientos insólitos que imponían a los desordenados y negligentes jugadores una pasmosa organización de tipo militar.

Pero sólo los hombres prácticos sabían esto.

Ellos avanzaban por sus salones para afianzarse en el arte demente del azar, o si se quiere en su belleza espontánea.

Ahí daban alguna legitimidad a sus existencias.

Consideraban como una redención que sus voluntades fueran dictadas por

cuestiones fortuitas.

Sentían la emoción de cada ronda con sus estadios y transformaciones.

A sus manos las crujían con ansiedad ante la posibilidad de obtener riquezas.

O de gestar decadencias anteriores a las que tarde o temprano se corresponderían con sus vidas.

Se hallaban en el medio de actitudes proposicionales que construían a un mundo no sólo con engaños, sino también con esa tan común amalgama de persuasión y astucia.

Sin suponer que se habían convertido en espectadores pasivos a la espera de un milagro que llegara de la nada sin intención ni motivo.

Yo sé que muchos pensarán que estoy exagerando o que mi análisis es absurdo.

Pero por la estricta dimensión de mi profesionalidad no daré respuesta a esa crítica.

Mi explicación es metodológica y nada extravagante.

Ya que no hago representaciones puramente subjetivas de los números.

Estos no son rarezas, sino que rigen al Todo:

A nuestros cuerpos, al universo y hasta a los elementos cristalizados en la cultura.

Penetran en lo intrínsecamente intuitivo.

Y crean alguna cualidad axiomática o un valor.

Ellos comunican algo.

Y luego lo refutan para que no se adquiriera una conclusión.

(El misterio es lo único conveniente para transformar algo fantástico en real).

Pero Faustino Flores se equivocó al tornarse infalible.

Había perdido la prudencia que estaba entre sus motivaciones iniciales.

Abrió puertas que por siglos estuvieron clausuradas y así reivindicó para sí mismo al mal inevitable.

Negó que existiera la incertidumbre.

Y sonrió con rebuscada complacencia frente a las cámaras que lo filmaban.

Pasó de ser alguien reservado a un tipo sardónico cuya obsesión impensable había sido la de vencer a la naturaleza de los números.

Con sus impuras conexiones estaba quebrando las sanas ordenanzas del juego.

Clamó poseer un saber riguroso y taxativo.

Hizo enumeraciones y análisis con la fiabilidad de poseer conocimientos que no eran familiares a los que tenía el resto de los individuos.

Coronaba con maestría a los dilatados cuadrángulos.

Recolectaba enormes riquezas.

Frente a un batifondo inviable, clamaba que poseer a los números era como abrazar al fuego.

Su éxtasis era intemperante.

Desplegaba fichas que no se trababan estériles en el paño.

Y esos episodios fueron en aumento.

Sus dedos no peregrinaban largas distancias para depositar sus silencios en sus números favoritos.

Estaba haciendo una lamentable reforma al régimen de apuestas:

Provocó al Azar hasta el grado de impulsar su aniquilamiento.

“Ha llegado el momento de desafiar la invencibilidad de los números”, se le escuchó decir.

E implementó a su nuevo orden de acuerdo a mecanismos de extracción matemática.

Lo hizo a palmo a palmo, milímetro a milímetro, pieza a pieza.

¿Qué más diré, sino que si no actuaba el caos hubiera tomado vuelo?

Y que por esa temeridad debía surgir el noble condicionamiento de un castigo.

Que sería la única manera de que la impunidad no fuera irreverentemente atesorada en la memoria.

He perdido algún tiempo al hablar de él:

No voy a reconstruir sus variados desatinos.

No seré su biógrafo.

Estoy lejos de hacer un perfil puntiagudo de su fisionomía ni seleccionaré a algunas de sus palabras.

Apenas declaro que soy su contemporáneo.

Alguien que habló en su mismo lenguaje.

Y se mantuvo en una firme contigüidad por las salas en las que se desplazó.

Observándolo, saturando su mente con los inadecuados datos de su labor.

Digo que el Cosmos y los Números son una misma cosa.

Ambos coexisten en la masa primordial y son la conexión previa y necesaria de cualquier mecanismo.

Los Números son la textura del universo, los cimientos del proyecto de Dios.

Sus reparticiones son pruebas suficientes de que existe la constancia.

Ergo la divinidad.

En ellos no hay contradicciones posibles, aunque sus representaciones dieran prioridad a lo provisorio.

La infinidad de nociones concebibles están detalladas en un diagrama específico por los números.

Sólo un eminente artífice hubiera podido crear de los números al azar, y hacer que éste genere por sí mismo a una secuencial

descendencia.

He hablado con matemáticos y naturalistas que coincidieron en una idea relevante:

El hombre debe sumisión los Números y jamás puede pretender a dominarlos.

Así podrá contemplar con nitidez la realidad.

Y dejar atrás las flagrantes imprecisiones de sus impulsos.

Si un número funciona como un león, otro lo hará como una liebre.

(Por lo que entre ellos habrá un antagonismo abierto).

Son cifras en constante colisión ya que pertenecen a distintas castas.

Temerariamente, a Faustino Flores se le ocurrió que esto no era tan así y mezcló los números.

De una forma que, para no ilustrar al ignorante, no daré a conocer.

Insólitamente no respetó los espacios y las separaciones que no sólo tienen un intenso sentido ritual, sino otro sumamente pragmático.

Eso fue como fusionar demonios con ángeles para estropear la idea de la predestinación.

Es decir, quiso cumplir con el aberrante ideal de librarse del control divino.

Faustino forzó a los números para obtener una vil ganancia monetaria.

Supuso que, si descubría donde escondía el uno del otro, así destruiría al fino tejido de la realidad.

Y al anular lo que había sido sacramental realizó lo prohibido.

Le había quitado significación a la sorpresa que habitaba en lo momentáneo.

Para él, los números podían superponerse, ser absorbidos por otros, o ser transferidos a alguna de sus ficciones.

Despreció a las leyes de la física.

E intentó romper las reglas del laberinto que Dios creó para nuestro gozo.

Un número es la representación de algo que existe.

Esto puede ser una Rosa, una Hormiga o un Sueño.

Si se religaran los números exitosamente, también lo harían las cosas que con inocencia componen al universo.

Piénsese cuán precarias serían nuestras inteligencias frente a la multiplicación de objetos y dislates.

Los números deben ser respetados.

Y no pueden ser invadidos con sortilegios.

Ni ser degradados por los más bajos entre los hombres:

Aquellos ilusos que sólo les interesa sacar provechos económicos.

Los que no comprendieron que, si bien un número no es un objeto aislado, sí es una individualidad.

Y es un material de una portentosa obra que llevó millones de años en construir.

Por lo que no es una abstracción que como tal aparejaría a lo falso.

No comprendieron que lo real está formada por números que no son arbitrarios, sino que fueron establecidos como lo perfecto desde el principio.

### III

No exageró:

He visto a muchos patanes, pero ninguno como Faustino Flores.

Creyó que, por haber descifrado al secreto de los números, podía trastocarlos.

Sus observaciones habían excedieron al mero aspecto lúdico y se adentraron en la negligencia.

Eso hizo que yo y Ernesto Manoca, tuviéramos que reajustar al itinerario

de nuestras actividades para superar su embuste.

Implicó que tomáramos una decisión basada en una ética que dejó de ser discursiva.

Porque éramos los velados representantes del orden dentro de esa sala de juego.

Los personajes fríos, insospechables y objetivos que buscaban comprender las relaciones que los hombres tejían con la emancipadora ruleta.

Luego de un corto debate deducimos que fue mentira todo lo que Flores había ganado en las mesas de Casino.

Aunque no sabíamos si era realmente cierto su aprendizaje de secretos inmemoriales.

Pero no nos importó sus desconocidos bagajes.

Ni que fuera un autodidacta o un loco que vivía en una azotea.

Previmos que si no actuábamos con discernimiento sus artilugios podrían hacerse mundiales.

Y eso traería resonancias belicosas o alarmistas.

Faustino Flores había violado las leyes ocultas del universo.

Y por lo tanto tácitamente se había convertido en un criminal.

Porque éste no es sólo quien hizo "algo", sino también quien lo está por hacer.

No nos quedó más que obrar por el bien común.

Mantener los usos tradicionales tanto en la esfericidad de lo público como en las cuestiones privadas.

Decidimos preservar los grandes sueños.

Para continuar indemnes lo oculto debía mantenerse en su privilegiado lugar.

Por lo que le sacamos su tarjeta vip, y le pedimos amablemente que se fuera del local.

Se lo dijimos dos veces:

La primera como un pedido común y corriente.

La segunda como una amenaza que bordeaba al escándalo que queríamos evitar.

Él se resistió y lo tuvimos que sacar por la fuerza.

Habíamos actuado con desdén, pero también con una forma muy estudiada.

Fin